

Manual de
Instrucciones
para
RECIÉN
SEPARADAS

— Graciela Fernández —

Fernández, Graciela Esther

Manual de instrucciones para recién separadas / Graciela Esther
Fernández. - 1a ed. - Río Ceballos : el autor, 2015.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-33-8784-5

1. Divorcio. 2. Separación Matrimonial. 3. Autoayuda. I. Título.
CDD 158.1

© Graciela Fernández

Río Ceballos, Córdoba, Argentina – Año 2015

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la autora

ISBN 978-987-33-8784-5



Dedicatoria honesta y afectuosa

Palabras alusivas

Prólogo

O como sea que se llame esto

Dedico este libro a Carlos, mi ex, porque si estuviéramos juntos yo jamás lo habría escrito. Ni este ni ninguno, en realidad, porque la convivencia requiere mucho tiempo y muchas energías, dos cosas que aún no aprendí a administrar: o tengo un marido, o escribo.

Y se lo dedico también porque Él, que todo lo sabe, vislumbró en mí a la artista, escuchó ecos lejanos que llevaban mi nombre camino a la gloria, presintió la riqueza y la fama llamando a mi puerta y hasta soñó una vez que aplaudía, sentado en primera fila, mientras yo recibía el premio Planeta.

Su timidez innata, que aprendió a disimular tan bien que no se le nota para nada, lo indujo a apartarse de mí; temía no estar a la altura de los acontecimientos futuros. Por si esto fuera poco, se le apareció un ángel que le dijo: *“Deja a esa mujer cumplir con su destino, renuncia noblemente a estar con ella y búscate otra que no escriba pero limpie, sea más ambiciosa, le guste el jolgorio, no se meta en tus cosas, no revise tus bolsillos y no sea asmática. Y tenga la cola parada”*.

Él, ateo confeso, cayendo de rodillas se convirtió ahí nomás, rasgó sus vestiduras, rezó en cinco idiomas y le hizo caso al ángel. Y acá estamos, cada uno por su lado.

Pero yo escribí un libro, y él no.

A todo el que se anime a leerlo, desde ya le doy las gracias. Le deseo que se ría, lo disfrute, NO LO PRESTE y se lo recomiende al resto del mundo, que no sólo de pan vive el hombre: los derechos de autor tal vez ayuden, puedo pagar la luz, o el agua... o comprarme un jueguito de sábanas...

Diga que yo soy muy, muy argentina (y que no hablo ni media palabra en inglés): si no fuera por eso me voy a Nueva York, escribo best sellers, y me pego la vuelta con veinte valijas repletas de dólares y unos cuantos reporteros y fans persiguiéndome. Ah, y un guardaespaldas así de grandote (100 kilos de músculos, un metro noventa, manos de campesino, dientes originales en perfecto estado, piernas de futbolista, y demás accesorios) que me cuide, me masajee la espalda, me prepare baños de sales y me lleve el desayuno a la cama.

Y bueno, de ilusión también se vive, ¿no?

No.

Mejor sigo insistiendo con los libros. O dejo de escribir y me busco un marido.

Mejor sigo insistiendo con los libros, nomás.



INTRODUCCIÓN

I) ¿Qué es ser RECIÉN SEPARADA?

II) Cómo nació este libro

III) Por qué hay que leer este libro

Cuando hablo de RECIÉN SEPARADA no pienso solamente en las casadas con libreta, que se creyeron eso de "hasta que la muerte los separe" con una inocencia tirando a retraso mental.

Me refiero, respetuosamente, a toda mujer que ha estado varios años con un hombre y que lo amó, lo soportó y lo acompañó en buenas y malas, en la salud y en la enfermedad, y en todo lo que dicen los curas y los jueces cuando casan a la gente. Sin hacer diferencia entre esposa legal, novia eterna, amante escondida, “la otra” o señora de hecho y sin papeles, porque creo que el dolor frente a una separación es el mismo. Puede que tenga hijos con ese hombre, o no. Que hayan vivido bajo el mismo techo, o no. Que se hayan amado locamente, o no. Basta que una se sienta RECIÉN SEPARADA para serlo, lo demás son agravantes o atenuantes.

Ser RECIÉN SEPARADA es, entonces, ni más ni menos que un estado de ánimo.

Y como tal, puede durar una semana, un mes, un año o toda la vida, depende del tiempo que una necesite para tomar conciencia de que ese señor ya no es su pareja, ni volverá a serlo jamás, y que se las tendrá que arreglar como pueda hasta que se consiga otro, o hasta que deje de amarlo, o hasta

que él se muera y una no pueda seguir fantaseando con la idea de la reconciliación. O hasta que el buen hombre se case con otra y se deje de embromar tratando de reconciliarse, que los hay.

Pero así dure una semana o toda la vida, ser RECIEN SEPARADA (de aquí en más, abreviamos: **R.S. erre ese**) es duro.

Es morder el polvo de la derrota, mastigarlo y tragarlo.

Es sentirse como un toro lleno de banderillas, como una vaca en el matadero, como una huerfanita pidiendo limosna, como una estúpida, como un bicho bolita.

Es sentir TODOS los dedos de TODA la gente del mundo apuntando hacia una, y sus murmullos de mil decibeles en estéreo sobre nuestros cuernos, nuestros defectos o nuestra sufrida dignidad para seguir manteniendo la cabeza en alto.

Es soportar la mirada burlona de las otras mujeres que AÚN no se han separado; esa mirada altiva, despectiva, impiadosa e insoportablemente sobradora.

Es soportar también la cara de espanto (o alivio) de nuestros viejos, y las palmadas cómplices de algunas separadas que nos dan la efusiva bienvenida a la hermandad de las Carmelitas Con Zapatos pero SIN MARIDO.

Ser **R.S.** es duro y una se siente mal, muy mal.

Entonces tal vez recurre a un psicólogo, quien en lugar de hacerla sentir bien ya, ahora (eso es lo que una busca, ¿no?) prefiere hurgar en su inconsciente, y el muy sádico escarba hasta que desentierra una punta de traumas que una ni sospechaba. Se entera así de que inconscientemente quisiera asesinar a sus hijos, violar a su papá y castrar al marido de su mejor

amiga. Y como no se anima, sublima todo eso tan horrible y se vuelve estreñida, o asmática, o le salen esas manchas tipo lepra virulenta.

Al descubrir todo esto, huye espantada.

¿Y dónde va después? Tal vez se va a hablar con un cura, que no sabe lo que es estar separado porque se supone que son castos y célibes. Y que puede ayudarla mal y poco, en consecuencia. O corre a tirarse las cartas, creyendo que con un poquito de magia negra, un calzoncillo viejo y unos pelos del pubis de su ex todo va a andar mejor. El calzoncillo no sería problema, seguro que él alguno se olvidó. Pero según la bruja sin los pelos del pubis no hay tutía. Busque, busque. Si con la excusa de la depresión no limpia desde que él se fue, tal vez alguno encuentre. En los pies de la cama, ahí, entre la tierrita...y si él durmió desnudo hasta el último día, por supuesto.

Mientras intenta algo de lo anterior se va a la peluquería, al cine, a caminar, o a perseguirlo a ÉL, a ver que hace. La desesperación da para todo.

Supongamos que sale a caminar, que es sano y gratis. Pasa entonces frente a una librería y ve allí, en la vidriera, un montón de manuales de autoayuda, autosuperación, autosugestión o autodestrucción, como sea que se llamen. Todos escritos por norteamericanas, españolas, francesas o alemanas, que se las saben al derecho y al revés. Algunos son buenísimos, sí, pero creo que imposibles de llevar a la práctica para una R.S. latinoamericana, o sea subdesarrollada y tirando a pobre como somos casi todas las nativas de este absurdo y amado continente.

Y acá le cuento como nació mi libro.

¡Ja, porque te colgaron la galleta!, dirá usted, que piensa con las dos últimas neuronas que aún le funcionan. Porque la depresión post-separación es como que a algunas les daña el cerebro, ¿vivo? No sea ordinaria... Y saque el dedo de la llaga, ¿quiere?

Bien, prosigo. Mirando una vidriera, viendo esa verdadera invasión de manuales de autoayuda, me dije:

¿Por qué los de afuera se las saben todas?

¿Por qué esa especie de cholulismo literario congénito que nos hace creer que los extranjeros son más inteligentes y evolucionados que nosotros?

¿Por qué no buscar soluciones autóctonas para nuestros conflictos y rayes autóctonos?

¿Por qué no algo menos académico, menos psicológico, menos científico pero más humano, algo así como un libro con pantuflas, no para leer sentado en la sala tipo lord inglés, sino entre mate y mate en la cocina?

Fue entonces que pensé en escribir un libro nuestro, mío, con defectos y virtudes argentinos como Gardel, Sarmiento, Maradona, Evita y el malambo, como el dulce de leche, el locro y el puchero, pero que le pudiera servir también a las R.S. de toda Latinoamérica, y por qué no, ¡de todo el mundo!

La idea me gustó tanto, que lo escribí.

Y es así como hoy, mi sufrida R.S., tiene usted al alcance de su mano este humilde libro, escrito por una mujer tan latinoamericana, tan recién separada y tan subdesarrollada y tirando a pobre como usted. Por alguien que es como su alma gemela.

¿Qué lo diferencia de otros libros parecidos? Que en éste hay AMOR, amor por la vida, por los hijos, por el ex, por los vínculos sanos. Es el tipo de amor que lleva al perdón, a la comprensión. El amor que tanta falta nos hace, pero que muchísima gente se niega la posibilidad de experimentar.

Ese amor, que atraviesa todo el libro, a veces camuflado detrás de una ironía punzante y otras indisimulable en los pasajes más tiernos, no es casual. Es el amor con que yo vivo, el amor con que me relaciono con mi gente, el amor que me permito sentir y dar porque me gusta hacerlo, porque he

comprobado que vivir con amor, y perdonar, y comprender, me hace muy, muy bien.

Este es un manual de autoayuda serio,
pero escrito en broma.

Entréguese ya mismo a la lectura y verá que su vida cambiará. Encontrará sentido a su opaca existencia, a su paso intrascendente por el mundo, a su devenir sin futuro y sin pareja, a su soledad negra y agobiante. Será una mujer NUEVA. La mejor.

En resumen, mi amiga: déjese de joder, ríase un rato y piense un poco, que ya lloró bastante. La espero en el epílogo, que será el broche de oro de su reconstrucción moral y espiritual. Respire hondo, aflójese la ropa, y aunque no tenga muchas ganas... Lea. Piense. Medite.

Pero por sobre todo permítase tomarse las cosas con humor, porque el humor y la alegría también son algo serio.



I

EL ESTADO DE ÁNIMO DE LAS R.S.

Si bien ser R.S. es un estado de ánimo, a su vez una pasa por distintos sub-estados de ánimo. Parece complicado, pero no lo es. Le explico.

Según pasan las horas del día y de la noche, la R.S. puede llegar a sentirse:

- a) Eufórica
- b) Aliviada
- c) Nostálgica, ligeramente deprimida
- d) Furiosa, con instintos homicidas
- e) Destruída, con ganas de morirse
- f) Sola, fea e indeseable
- g) Desesperada y sin un peso
- h) Abúlica, bulímica, neurótica, psicótica, muy joven, muy vieja, apática, ansiosa, agnóstica, mística, lógica, estúpida, y muchas cosas más terminadas en ICA, OSA, IDA, como ser monstruosa, desvaída o escéptica.
- i)..... (Complete con su estado personal, si no figura más arriba)

A su vez, cualquiera de estos estados de ánimo es directamente proporcional con cualquiera de estos hechos, reales y concretos.

A saber:

1) La causa de la ruptura.

2) El sentimiento que le despertaba ÉL.

3) La habilidad y/o dimensiones de lo que va a extrañar (o no, depende). Una puede extrañar sus ojos, su boca, sus manos, sus rodillas, sus orejas y hasta sus bigotes, su inteligencia, su ternura o sus golpes; pero le apuesto cualquier cosa que no es nada de esto lo que más va a extrañar si es una mujer sanita y normal.

4) El dinero que le sobraba, le faltaba o le alcanzaba justo hasta fin de mes.

5) Los parientes (políticos y propios). Esa especie de verdugos medievales para unas y de aliados incondicionales para otras, pero siempre un problema en estos casos.

6) El status que pierde o que gana.

7) Las posibilidades estadísticas, milagrosas o lógicas de conseguir otro hombre. O en su defecto, otro trabajo donde gane el doble.

8) La cantidad de hijos, de años, de arrugas, de traumas, de deudas o de bienes que tendrá que aguantarse, de ahora en más, SOLA y como pueda.

Es importante comprender como todo lo arriba enumerado (los estados de ánimo y los hechos concretos) se relaciona íntimamente hasta formar una telaraña que atrapa a la R.S. y le quita las ganas de vivir, la paraliza, la idiotiza y la deja sumida en un profundo estrés, del que emerge arrugada como ciruela pasa, con ojeras y algunos rollos o esquelética como un faquir.

Y hay que aclarar, también, que el estado de ánimo de una R.S. nunca es uno sólo. Lo más probable es que se le presenten los arriba enunciados todos juntos, y otros más, y que cambien cada cinco minutos, haciéndola sentir como acunada por un secarropas.

Para mejor ilustración veremos algunos ejemplos.

Tomaremos como base el punto **1**): la causa de la ruptura. Le iremos entretejiendo los distintos estados de ánimo (**a**, **b**, **c**, **d**, etc.) para formar historias con las que usted pueda llegar a identificarse. Esto le ayudará a ver que no está sola en el mundo con su separación auestas, porque a muchas ya les pasó lo mismo y a otras muchas le está por pasar, y hasta peor que a usted. Vaya sabiendo, amiga, que el ser humano está condenado a no ser original ni siquiera por sus problemas. Nadie es el centro del universo, ¿por qué iba a serlo usted, entonces? Y nada de pucheros, por favor. Guarde la histeria para el resto del libro, que le va a hacer falta.

Vamos a los ejemplos:

CASO I

(Sumamente frecuente)

Infidelidad masculina

ÉL estaba muy bueno, al menos para una. El motivo de la separación fueron los cuernos que la pobre se negó a seguir luciendo más o menos dignamente.

Ya fueran cuernos de alce, que ponían en peligro los ojos de todo el que pasara a menos de dos metros, o simples cuernitos de panadería, lo cierto es que un día lo pescó bien de frente y presa de la FURIA homicida (estado de

ánimo “d”, ¿me sigue?) le grita ahí mismo, desfigurada de odio y con ganas de enterrarlo vivo, cortarle los testículos con un serrucho oxidado y arrancarle el cuero cabelludo con un pelapapas (ya me embale, perdón. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, que grita):

iiiBASTA!!! Basta de excusas estúpidas, de viajes de negocio al Caribe secretaria incluida, o de apretadas a la rubia de enfrente en el baldío de al lado (cada uno con su status). iiiBAS - TA!!! iiiSE TERMINÓ!!!

¡BRAVO! ¡BRAVÍSSIMO! Una se siente la mujer más fuerte del mundo, la más incorruptible, casi EUFÓRICA (estado de ánimo “a”), la que se juega sin concesiones, todo o nada:

“Me tomás o me dejás. Te las tomás o te quedás. Pero de ahora en adelante mando yo. Mejor moríte, andáte, acá tenés tus porquerías (y se las tira fuera de la casa para regocijo de las chusmas del barrio). Acá tenés tus medias con olor a pata, que te las lave “esa”, si se anima. Acá tenés las camisas sin botones y los slip corridos, que te los cosa “esa”, si es que sabe. ¡Pero qué va a saber esa tarada, esa descerebrada! Chiquito, “esa” lo único que sabe es mover el traste, y conste que no digo culo porque soy una mujer fina. “Esa” no es como yo que estudié piano, danzas árabes, decoración de tortas, repujado artístico, filosofía, geología, horticultura, astronomía, dactilografía, flauta dulce, derecho, y renuncié a una beca en Harvard por tu culpa. Andáte, no me toques, me das asco, ¡FUERA! ¡FUERAAAA!

Insulto más, palabra menos, esto es lo que se dice en estos casos, ¿no?

Pero he aquí que de bien que una se siente, digamos ALIVIADA (estado de ánimo “b”) por haberse sacado de encima semejante basura, de golpe se acuerda de cómo hacía el amor el muy cretino. De cuando la

abrazaba recién bañado, con olorcito a limpio y ganas de ensuciarse traspirando juntos... De que hace una semana cambió el auto, lo ascendieron, o algo así. Empieza entonces a sentirse NOSTÁLGICA Y ALGO DEPRIMIDA (estado de ánimo “c”, ¿me sigue?).

Si en ese ínterin un señor buenmozote y galante, o un señor a secas, le dice un piropo, se pondrá nuevamente EUFÓRICA (vuelta al estado de ánimo “a”, pero por otra causa). Y le darán ganas de darle las gracias a los gritos, colgársele del cuello o arrancarle la ropa con los dientes, todo de lo más fino y delicado... especialmente en medio de la calle, en un ascensor, un bar, una oficina, un banco o cualquier otro sitio donde los hombres suelen decir piropos muy cobardemente, para luego esfumarse entre la multitud. Y no se haga la mosca muerta: con la depresión que arrastra, sería capaz de pedirle al pobre que la invite a tomar un café, aunque más no sea. Y que le preste el hombro para llorar un ratito, que no hay como llorar manchando un traje para sentirse bien.

Y si enseguida piensa que Él, su ÉL, andará con su nueva conquista por ahí gastando en restaurantes, regalitos, paseos... le volverá ahí mismo la FURIA homicida (estado de ánimo “d”, como cuando le dio la cana, pero más fuerte).

Y si arriba le cae de visita su ex-suegra y le dice: *"Pobre nene, lo que pasa es que las mujeres están hechas unas locas, tendrías que haber hecho la vista gorda y listo, porque él a vos te quiere, bla, bla, bla"*, (o algo parecido) más FURIA homicida.

Y si la santa madre que lo parió y lo malcrió pasa su dedo por los muebles, que lucen la tierra de unos cuantos días, y mira disimuladamente debajo de la cama por si hay alguien escondido, desatará una catarata, una erupción incontenible de más FURIA homicida cuya onda expansiva alcanzará a todos sus parientes políticos. Pero por sobre todo a ella que lo

gestó para desgracia suya, que ahora es R.S. por su culpa; sobre todo a ella que, aunque lo disimule y se rasgue las vestiduras con su mejor estilo tragedia griega, le aseguro que en el fondo está loca de alegría. Recuperó al bebé, ¡que le parece! Y seguro que ahora lo está atosigando con milanesas, papas fritas y huevos fritos, de esos que usted nunca le hacía para no enchastrar toda la cocina. Mejor, así lo engorda como pavo para las fiestas y no lo mira nadie, porque bonito no es, y arriba gordo...

Sigamos con lo nuestro.

Si de yapa los chicos lo extrañan, el perro no come porque también lo extraña, y todos miran con un nudo en la garganta su silla vacía frente al televisor apagado, entonces sí, mi amiga, se sentirá realmente **DESTRUIDA Y CON GANAS DE MORIRSE** (estado de ánimo “e”).

Y así hasta el infinito.

Para hacerlo más gráfico: haga de cuenta que es un repasador y a lo largo del día la lavaron, la centrifugaron, la plancharon, la usaron para secar los platos, le quemaron una punta, la empaparon con salsa, le pusieron lavandina y hasta algún distraído la metió en la licuadora y la convirtió en mayonesa *diet*. ¿Duele, no?

Y ni qué hablar de noche. Cuando todos se duermen menos una, porque la cama es grande, es inconmensurable como el cielo, el espacio y los agujeros negros y todas las galaxias juntas... salvo si hace 40 grados y él pesaba 150 kilos, transpiraba como un estibador, roncaba en estéreo y pretendía tenerla abrazada toda la noche. En ese caso, debería sentirse no sólo **ALIVIADA** sino francamente agradecida de su destino. Literalmente hablando, se sacó usted un peso de encima.

CASO II

(Cada vez más frecuente)

Infidelidad femenina

Él era medio gil, ni fu ni fa, buenudo, pero vaya a saber cómo se dio cuenta de que usted le era infiel.

Aquí la causa de su separación es totalmente obvia; la de sus deslices, no tanto. Puede ser porque él trabajaba demasiado y hasta era un buen tipo, pero la tenía descuidada, era poco romántico, hacía el amor rápido y mal, le daba la espalda y se dormía enseguida, mientras usted no sólo no podía conciliar el sueño sino que caminaba por el techo con su libido insatisfecha auestas. Puede ser porque el pobre era hombre de pocas palabras y menos ternura que una piedra pómez y usted, tan novelera, tan poco sensata, se desarmó ante el primer atorrante que le dijo algo lindo al oído. Siempre hay algún motivo, alguna explicación.

Lo malo es que estos hombres cuyas esposas tienen el descaro de adornarles la frente con protuberancias varias (no diré el término que se les aplica porque no quiero herir susceptibilidades), estos hombres, decía, normalmente son buenos proveedores del hogar. Se matan trabajando para que a los suyos no les falte nada sin darse cuenta de que termina faltando su presencia. Y a su mujer le dan de todo menos diálogo y sexo, que es lo más necesario en la pareja. No sólo de pan vive el hombre, dice el refrán; hay otros apetitos y otra sed que no calman la plata, los viajes, ni una casa equipada a todo lujo. Y que tarde o temprano se desatan, y la señora sería y de su casa, famélica de amor, sedienta de pasión y desnutrida de placer, tira todo a la mier... y se manda un empacho de lujuria, aunque después la culpa le desintegre el hígado.

Prosigo. Quedamos en que ellos se matan trabajando (o al menos lo aparentan, porque más de un congreso, cena de negocios o conferencia son sólo el principio de la farra. Después hay que aflojarse: minas, tragos y otras yerbas...) Y como "se matan" trabajando, siempre están cansados. Cualquier inicio de conversación se ve inmediatamente interrumpido por un ataque agudo de bostezos. Y como es muy difícil motivar a alguien que empiece a roncar antes de quedarse dormido y se queda dormido antes de acostarse, no hay más remedio que buscar afuera lo que no se consigue en casa.

Esa es la excusa que ponen siempre ellos; ¿por qué no puede usarla una mujer, entonces? Porque no puede y punto. Pruebe, si no me cree.

Lo más probable, si es este su caso, es que aparte de todos los demás estados de ánimo deba soportar el de encontrarse de patitas en la calle, porque el buen proveedor de su hogar le cortará los víveres sin contemplaciones (usted le haría lo mismo, ¿o no?). Tal vez, si hay hijos chicos y si él odia el escándalo, consiga quedarse con la casa, pero ni sueñe con sacarle algo parecido al dinero. No se sentirá SOLA, FEA E INDESEABLE (estado de ánimo "g") porque todos los hombres del barrio harán cola en su puerta. Pero salvo que les cobre, sabrá lo que es estar DESESPERADA Y SIN UN PESO.

Nadie le creerá que él se buscó los cuernos: ni sus parientes, ni los vecinos, y mucho menos las maestras de sus hijos. Si él la perdona, no se reconcilie: nadie en toda la ciudad, y mucho menos él, olvidará lo sucedido, y se lo harán saber, más o menos sutilmente, por el resto de sus días.

Saque pecho, reconozca que le salió el tiro por la culata, y asegúrese de que el próximo la llene de verdad, si es que ahora por fin sabe lo que es pasarla bien. Consuélese pensando que otras mueren sin saberlo. Y a no llorar por el paraíso perdido, porque sin un Tarzán para ir de liana en liana,

con el taparrabo al viento y todo a mano, el paraíso será cómodo pero es muy aburrido.

CASO III

(Tristemente frecuente)

Amores que matan

Primero fue un grito, después un empujón, después una cachetada, a la que muy pronto siguieron otras. Enseguida, la cosa pasó a mayores: ojos en compota, moretones por todo el cuerpo que usted se empeñaba en ocultar de la mirada ajena con excusas como *"me tropecé y pegué contra la punta de la mesa"*, *"me llevé por delante una baldosa floja y me caí..."* Tal vez lo denunció para intentar frenarlo, tal vez no se animó. Tal vez alguien se dio cuenta de lo que estaba pasando y le ofreció ayuda. Tal vez muchos se dieron cuenta, y miraron para otro lado por miedo, por comodidad o por indiferencia.

Hasta que un mal día, sucedió lo peor: él la quiso matar. La corrió por el barrio con una cuchilla de carnicero, intentó estrangularla o le tiró un cable pelado en la bañera mientras usted tomaba su baño de sales. Cada uno con su estilo.

Sin entrar en detalles sobre por qué usted despertó en ese hombre la imperiosa necesidad de eliminarla, digamos que todo ser vivo tiene derecho a eso, a estar vivo, más allá de las molestias que pueda causarnos. Gracias a ese principio humanitario sobreviven mis vecinos, sus hijos y sus perros, a pesar de que a veces no me dejan dormir o me cortan la inspiración cuando

estoy escribiendo, con tanto bochinche. Pero uno es buena gente, y no los mata por tan poca cosa.

Entonces: o él está muy, muy loco, muy enfermo, o usted es muy, muy mala, es una yarará, o una sanguijuela. En el próximo capítulo podrá descubrirlo, si aún no lo sabe. Lo concreto es que, si usted se separa porque él quiso matarla, sus estados de ánimo irán del terror al alivio, de la euforia al pánico, pasando por la desesperación de no tener un peso porque si él quiso asesinarla no creo que le traiga gentilmente un sobre con la cuota alimentaria todos los meses. Si se lo trae, ¡no lo abra! Llévelo a la Brigada de Explosivos, por las dudas.

Y pida custodia las 24 horas. Si usted es un poquito inconsciente, puede hasta disfrutar fantaseando con que es un personaje importante del *jet-set* y por eso tiene un policía en la puerta, para que no la molesten los cholulos. Pero si es bien consciente, y pensando que el miedo no es zonzo, yo le aconsejaría que lo más efectivo en estos casos es poner distancia con su ex.

Distancia emocional y física. Unos dos mil kilómetros, digamos, cambio de identidad y de rostro incluidos. No olvidemos que el asesino siempre vuelve a la escena del crimen, sobre todo si se quedó con las ganas. Váyase a Singapur, al Congo o a Siberia, y si no tiene plata para tanto disfrácese de monja, o escóndase un tiempito en una villa de emergencia (tiene para elegir) haciéndose pasar por asistente social o voluntaria de UNICEF. Cualquier cosa con tal de que no la encuentre.

Lo más lamentable de este caso es que, aun contra su voluntad, puede llegar a sentirse NOSTÁLGICA, porque para masoquistas las mujeres somos únicas y además, los psicópatas son muy seductores. Paciencia. Hombres que hacen sufrir hay a montones, seguro que otro encuentra si eso es lo que quiere... aunque sería mejor que buscara ayuda para no tropezar dos veces

con la misma piedra. A veces, no se puede salir sola de estos vínculos enfermos.

Pero si ya escarmentó, al próximo le pide pasaporte, Cédula Federal, certificado de buena conducta, fotocopia de informe psiquiátrico completo y de este año. Y se asegura de que no sea de la pesada, mercenario, boxeador, karateca, policía ni militar, activo o retirado (portan armas...).

CASO IV

(A todas, alguna vez, nos pasó algo así)

El príncipe que se convirtió en sapo

Lo que no se ve durante el noviazgo, inevitablemente sale a relucir con la convivencia. Y esto puede derivar en una de las causales de divorcio más esgrimidas, y la más ambigua por todo lo que puede abarcar: la incompatibilidad de caracteres.

Sin palabras. ¿Sin palabras? No, señora. Hay una explicación, y es de lo más lógica. Lo que pasa es que al principio ambos están tan ocupados tratando de atraerse mutuamente que no se dan cuenta de que son agua y aceite, y además mienten como si decir la verdad fuera pecado. Si ella se enteraba de que a él le gustaba Wagner, ella AMABA a Wagner aunque no supiera quién era ese tipo. Si él se enteraba de que ella amaba los gatos, él los ADORABA, aunque después estuviera tres meses lleno de canchas porque en realidad les tenía alergia. ¿Una contradicción? Jamás. ¿Opiniones distintas? Nunca, nunca. El uno para el otro, el talle justo, la medida exacta y una eterna sonrisa como de propaganda de dentífrico cada vez que se encontraban.

¿Cómo no iban a separarse, entonces? Si su relación, pasado el entusiasmo inicial, la luna de miel o cualquier hecho que los haya forzado a despertarse y acostarse juntos por más de una semana, fue una larga pelea a quinientos rounds, a saber:

Beethoven vs. Cumbia

Borges vs. Revista Hola

Fútbol vs. Ballet

Higiene vs. Mugre

Glamour vs. Ordinarietà

Neurosis vs. Psicosis

Champagne vs. Agua mineral

Con dos frazadas vs. destapado

Con luz vs. Sin luz

Con hijos vs. Sin hijos

Ultraderecha vs. Izquierda intelectual

New Age vs. Heavy metal

Ravioles con tuco y crema vs. zanahoria rallada

Y muchos "versus" más, tantos como "versos" se hicieron mutuamente al iniciar su romance.

Moraleja: no hay como ser amado tal como uno es, y no ser como uno cree que debe ser para que lo amen, ¿me explico?

La INCOMPATIBILIDAD DE CARÁCTERES, entonces, no es más que una mentira mutua del tamaño de un meteorito, que tarde o temprano cae por su propio peso. Casi siempre encima nuestro, para hacernos reaccionar. Como la manzana de Newton.

Todos, pero todos los estados de ánimo de una R.S. la invadirán, más otro aún peor: el de no saber con quién, realmente, estuvo viviendo estos últimos años:

- ✖ ¿Quién era ese energúmeno que pegaba puñetazos en la mesa si no le servía el bife a punto? No era, sin duda alguna, el mismo hombre enamorado que saboreaba sus bizcochuelos crudos y decía (si lograba tragar un bocado sin ahogarse): *"¡qué manjar!"*.
- ✖ ¿Quién era esa bestia maloliente y barbuda que se acostaba últimamente en su cama, y la violaba todas las noches sin preámbulos, sin precalentamiento y sin desodorante? No era el mismo caballero pulcro, recién afeitado y mimoso de años ha.
- ✖ ¿Quién era ese gorila autoritario que ponía el televisor a todo volumen y exigía silencio a los gritos mientras usted tomaba un cafecito (muda de terror) con la única amiga que osaba visitarla? No era, de ningún modo, el galán que tenía a flor de labios el piropo adecuado para cada una de sus incontables amigas, cuando aún eran novios.

- ✖ **¿Quién era ese veleta delirante** que se jugaba todo, o que lo ponía todo en garantía del primero que pasara, y vivía perseguido por los acreedores? No era para nada ese bohemio, ese adorable soñador de espíritu inocente y alma generosa que le derretió el corazón con su falta de materialismo.
- ✖ **¿Quién era ese quasi mafioso** (o represor, o mercenario, o empresario corrupto, o contrabandista de armas, o cualquier otra cosa parecida y/o PELIGROSA) con el que un buen día se descubrió enredada? No era, por supuesto, ese hombre seguro de sí mismo, influyente y un poquito misterioso, que no daba mayores "detalles" de su vida y prefería no hablar de su "trabajo" para no aburrirla.
- ✖ **¿Quién era ese espectro callado**, casi mudo digamos, que pasaba semanas sin hacer oír su voz más que para decirle "bue - si - no - ahá", y eso después de mirarlo con cara de asesina, patearle los tobillos o servirle un café con pimienta y azufre rallado? No era, ¡no señor! ese hombre medido de palabras que solía hacer reflexiones inteligentes, concisas y escuetas como telegrama de pésame. Él no decía pava, como otros. Si le hubiera prestado la debida atención, habría descubierto que en realidad decir... no decía nada. Como ahora.

¡Hay que revisar la mercadería!

Todos esos “sutiles defectitos” que no reconocimos, con el paso del tiempo se transforman en fallas de fabricación que convierten al “hombre más perfecto del mundo” en material de descarte. Es cruel, pero es así. Yo no sé si se agravan los defectos o es que una recupera la vista a medida que pierde la pasión, o la paciencia.

¿Nunca le pasó que después de usar varias veces su *jean* favorito descubrió que tenía unas puntadas saltadas? ¿Y que al seguir mirando, vio que le faltaba un remache en un bolsillo? Cuando se lo compró no notó nada, cree usted. ¿Lo revisó? ¿Lo miró bien? ¿O sólo le importó que le formara la cola?

Bueno, con un marido casi, casi es lo mismo: el calce perfecto no es garantía de calidad, hay que fijarse en la materia prima, sobre todo. Y las mujeres, la gran mayoría, acostumbramos comprar cualquier porquería inútil que nos entre por los ojos, aunque cuando lleguemos a casa no sepamos que hacer con ella.

No me malinterprete. Yo no quise decir que un marido sea una porquería inútil. Aunque bueno, ahora que lo pienso... hay que mantenerlo limpio, siempre anda estorbando o tirado en cualquier parte, y una no sabe bien donde meterlo. No se puede colgar en las paredes, no ilumina, no nos entretiene como el televisor ni sirve para hablar como el teléfono, no lava y centrifuga, no refresca como un ventilador ni perfuma la casa como un sahumerio. Pero decirle porquería inútil suena muy agresivo, es demasiado fuerte. Pobre tipo. Dejémoslo en suspenso, por ahora.

Y no le achaquemos a la incompatibilidad de caracteres nuestra poca capacidad comercial, intuitiva e imaginativa para adquirir maridos, amantes, y hasta objetos sexuales, que los hay tan lujosos como un Mercedes Benz, pero más caros.

Para estar más segura de que no hay defectos graves, al próximo que enganche me lo hace perseguir tres meses por INTERPOL, la DEA, el FBI, y unos cuantos amigos y parientes disfrazados, por las dudas. No vaya a ser que mienta.

Cómo reconocer a los mentirosos

Desde el primer día de la relación, desconfíe sanamente de los hombres que no hablan de sus cosas, no presentan a sus amigos y no dan el teléfono de su lugar de trabajo, y de los que tienen horarios y hábitos raros. Normalmente esconden algo, desde una mujer hasta lo más terrible que pueda imaginarse.

La mentira, cuando una quiere verla, tiene el tamaño de un elefante y el olor de un filet de merluza. Es notoria, evidente y previsible. Preste mucha atención a los detalles, porque cada mentiroso tiene su estilo. Tome nota:

- ✖ El **enredado** mezcla mucha gente, muchas fechas, muchos detalles.
- ✖ El **exagerado** convertirá una ida a comprar cigarrillos en la carrera París-Dakar, con bequinos y todo.
- ✖ El **amnésico** no sabe, no contesta, no se acuerda.
- ✖ El **infantil** se pone colorado, mira el piso y dice mentiras estúpidas, ridículas o compulsivas.

Y algunos mezclan todos los estilos, cuando lo consideran necesario: son los **mentirosos patológicos**. Pero con éstos es mucho más fácil: no hay que creerles nada de lo que dicen. Nada, nada de nada. Pruebe y después me cuenta... cuánto tarda en volverse completamente loca. Porque los hombres NO SON todos iguales, como dice su mamá: para peor, están los mentirosos patológicos.

Pero aún sin llegar a tal extremo, si algún aspirante a marido intentara ocultarle sólo algunas minucias (que ronca, por ejemplo; o que se desayuna con vodka, o que es hijo único de padres añosos y achacados; pequeñeces, en fin), NO SE DEJE MENTIR: dude, investigue, husmee y fisuree en sus intimidades, bolsillos incluidos. Y no le mienta usted, que es hoy la víctima de sus propios engaños y autoengaños.

Mi marido, ¿es mío?

Lo de revisar bolsillos no está bien, no me haga caso. Porque revisar bolsillos, más que con la desconfianza tiene que ver con el deseo, o la necesidad, de poseer al otro.

Mi pareja no debe ocultarme nada. Debo tener libre acceso a sus contraseñas, a contestarle el celular, a espiarle el chat. Lo reconozcan públicamente o no, hay muchísimas personas que piensan así y además, lo llevan a la práctica; en nombre de “lo nuestro”, se sienten con derecho a enterarse de lo que el otro habla con la mamá, con el amigo del alma y con los compañeros de trabajo.

A ver, razonemos juntos. Los zapatos que tengo en el placard, son míos. Los compré con mi dinero, los uso yo, si quiero se los presto a mis amigas, y ellos no pueden elegir, son míos y punto. Lo mismo pasa con mi

ropa, mis libros, mis muebles, mi casa, mi auto. Son posesiones materiales, bienes de uso o como se los quiera llamar. Son cosas.

Pero los amigos, y la pareja, no son cosas, son personas. Tienen una historia propia, tienen intereses propios que a veces coinciden con los nuestros y a veces no, tienen amigos y parientes de toda la vida, se relacionan con gente nueva que conocen en el trabajo, en la facultad, en la calle.

Y resulta que estamos tan acostumbrados a decir “mi marido”, “mi novio”, “mi mujer”, que no nos ponemos a pensar qué significa esa posesión, hasta dónde llega.

No estoy hablando acá de relaciones light, en las que no tenemos derecho a exigir nada porque no damos nada. Me refiero a las relaciones serias, donde se supone que hay un compromiso mutuo y donde se supone, justamente en nombre de ese compromiso, que ninguno de los dos tiene nada que ocultar y por lo tanto cada uno puede tener acceso a todo lo del otro, incluidos el celular y el chat.

Se supone que si uno pudiera tener acceso irrestricto a todo lo del otro, probablemente no tendría curiosidad por enterarme de nada. Pero resulta que no es tan así, y que ese beneficio a veces se termina usando para controlar al otro hasta la asfixia.

Un consejito para cuando mis R.S., controladoras o no, reincidan: **si quieres a alguien, déjalo libre; si vuelve, es tuyo.**

Claro que si vuelve borracho y oliendo a sexo después de una noche de juerga, o con una tanga colgando de la oreja, o después de haberse desaparecido por una semana entera sin previo aviso, una tiene todo el derecho del mundo de cerrarle la puerta en las narices y mandarlo a la mierda.

CASO V

(Antes muerta que reconocerlo...)

Se cansó de ser "la otra"

No sólo las esposas y novias se separan: las "otras" también, como lo estará comprobando en carne propia si este es su caso.

Un buen día, se hartó de sus regalos o de la falta de ellos, de su departamento con olor a sahumerio, de sus mensajes en clave, de que la dejara plantada con la cena lista, el champagne helado y las velas prendidas porque se había fracturado la clavícula uno de sus hijos (los de él), o era el aniversario de bodas de los suegros.

Se hartó de escucharlo quejarse de "la bruja", de bailarle la danza de los siete velos, de bañarlo como a un bebé, de ponerle talquito en sus partes pudendas y de verlo a escondidas, entre cuatro paredes y huyéndole al sol como si fuera Drácula.

Se hartó de esperar un divorcio que jamás llegará o una categórica viudez del susodicho, cosas que por momentos bien hubiera querido provocar o ejecutar.

Sea por lo que sea, y aunque "la otra" esté del otro lado de la historia de tantas R.S., ahora usted, "la otra", también es R.S. Y sufre, sufre mucho, como toda R.S.

Y como este es un libro imparcial, voy a tratar de no discriminarla y prestarle a su caso la misma atención que a los otros, y sentir por usted la misma compasión que por cualquier otra R.S. ¿Vio qué noble que soy, qué piadosa, qué ecuánime? Si hasta estoy asombrada de mí misma, imagínese, consolando a una "otra". Pero Gra, quién te ha visto y quién te ve...

El mito de la "devoradora de hombres"

Prosigamos, antes de que me arrepienta y se me pase el efecto de este ataque de nobleza y de imparcialidad.

Debido a que las "otras" tienen muy mala fama, cualquier mujer común las imagina como a unas tigresas en celo con medias de red, tacos aguja, un látigo en la mano derecha y los genitales de un hombre ajeno en la izquierda.

Craso error. He estudiado de cerca a muchas "otras", y conozco a unas cuantas bastante íntimamente, y son pura espuma. Salvo alguna excepción, que las hay, no usan tacos agujas ni medias de red ni se roban el hombre de nadie. La gran mayoría, sufre. Porque es muy difícil ser feliz de a ratos, con un señor que viene un par de horas, conversa unas palabras, come algo, le hace un par de mimos, le desarma la cama, le deja todo el baño mojado y se va muy tranquilo a su casa, a estar con su familia. Y ella, "la otra", sola, siempre sola... si hasta yo me conmuevo y se me caen las lágrimas de sólo pensarlo, me imagino usted, "otra", la cantidad de lágrimas rabiosas que habrá derramado en todos estos años, pobrecita.

Pero un buen día se hartó, y se dijo a sí misma algo así como:

"¿Pero éste que se cree, que lo voy a esperar toda la vida? ¡Que se vaya al infierno y que lo viole el diablo! Mañana mismo voy a su oficina, le tiro por la cabeza las llaves del auto y le armo un escándalo adelante de todos y le digo que se meta en el culo las llaves, el auto, y el departamento. Mejor no, que se joda, no le devuelvo nada, total él la jodió a su mujer regalándome esto, entonces yo lo jodo a él quedándome con todo y chau, el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón..."

El fragor del discurso la hace sentir EUFÓRICA, (estado de ánimo "a", ¿se acuerda?). Y hasta puede ser que, durante cinco o diez minutos, se sienta ALIVIADA. ¡Finalmente, es dueña de su vida! Después de tantos años sentada como un hongo al lado del teléfono, ahora puede salir, puede ir al cine, a tomarse un café con sus amigas (si es que le queda alguna), y hasta se puede hacer un viajecito a Cancún, a Europa o al pueblo vecino, según sea el estado de su cuenta bancaria. Podrá conocer sola todos esos lugares que alguna vez soñó conocer junto a él, ¿qué le parece? Podrá conocer sola todos esos lugares a los que él jamás la hubiera llevado porque es un amarrete, si cuando era su amante ni siquiera a tomar un helado la invitaba. Podrá hacer tantas cosas... y no se haga problema por eso de estar sola, porque aunque usted no haya querido verlo, cuando estaba enredada con ese caballero también estaba sola.

Pasada la euforia y extinguido el alivio, se sentirá DESTRUÍDA y con ganas de morirse, y arriba, impotente como un nono sin próstata. No pudo. No pudo. Algunas, con tal de poder, hacen cualquier cosa: quedan embarazadas, intentan suicidarse, o se enfrentan con “la bruja” y le proponen compartirlo. Pero la mayoría espera y nada más, y después de unos años, a veces demasiados, agacha la cabeza y se dice a sí misma: no pude.

También se sentirá estafada, porque seguramente él le decía que con su mujer no pasaba nada pero que no podía separarse por los chicos, porque él era un hombre muy derecho. Los señores derechos, mi querida, no existen. Debe haber uno o dos en todo el universo. Pero es cómodo, y hasta tonificante, tener una familia oficial ante la sociedad para dar buena imagen, y una amante escondida para pasarla bien cuando uno tiene ganas de hacer algo distinto.

Los señores tramposos, en cambio, son plaga. Algunos vienen con el verso del incomprendido, del insatisfecho... pero últimamente se ha puesto de moda ir de frente: *"Yo en casa estoy muy bien, mi mujer es buena mina, lo mío con vos es sexo y nada más; lo tomás o lo dejás..."*. Y "la otra" lo toma, casi siempre, con la esperanza oculta de que él se enamore de ella, deje a la "buena mina" y le proponga pasar juntos el resto de sus vidas.

El que a hierro mata, a hierro muere

A alguna por ahí se le da: él deja a su esposa y se muda al nidito de amor clandestino, convirtiéndolo en su domicilio oficial.

De ahí en más, a "la otra" devenida en esposa o concubina (da lo mismo) se le acabará la paz, y vivirá desconfiando hasta de su propia sombra por los siglos de los siglos:

- ✖ Si su amado no es rico, ni tiene un buen empleo, ahora ella deberá trabajar el doble que antes para mantener la casa, porque el sueldo de él irá enterito a la cuota alimentaria.
- ✖ Se debatirá entre adoptar a los hijos de él o tratar de que nunca más los vea.
- ✖ Se desquitará de los años de ostracismo haciéndose llamar SEÑORA por todo el mundo.
- ✖ Tratará de manejar el dinero del tramposo atrapado, dejará de hacerle masajes, empezará a dolerle la cabeza...

Ya no será "la otra", sino que se convertirá en algo peor: ¡"la bruja"!

Y un buen día, como corresponde, y si es que Dios castiga y no con palos, le birlarán el marido usando sus mismas armas y también será R.S. Y ni se le ocurra pensar que le digo todo esto de puro rencorosa, o que aún estoy sangrando por la herida, porque ahí nomás se me acaba la imparcialidad, borro este caso suyo de MI libro, y chau "la otra". Pero como se atreve, yo, justamente yo, sangrando por la herida...

CASO VI

(Dedicado a mi hija y sus amigas)

¡Dejáme respirar!

Hay relaciones que se mueren por asfixia de uno o ambos miembros de la pareja.

En el caso de la asfixia femenina, esto le suele suceder principalmente a las más jóvenes, que después de algunos años de noviazgo o convivencia descubren que han dejado de hacer muchísimas cosas que antes hacían o que quisieran hacer: viajar, estudiar, salir a bailar con las amigas, o simplemente vivir solas.

Las chicas de hoy, comparadas con sus madres, son mucho más autosuficientes y liberales, y esto hace que una de dos: o no las conforme nadie, o se enganchen con alguien que no está a su altura, no las entiende, no las valora o no las merece.

Es que es muy difícil seguirles el tren a estas mujercitas: hoy están acá, mañana en Madrid haciendo un post grado, pasado en el Caribe de vacaciones con las amigas, el mes que viene en Machu Pichu con los

compañeros de la facultad... como diría mi abuela, tienen hormigas en el culo, y para el varón común no es nada sencillo adaptarse a ellas:

- ✖ Son independientes, pero quieren un hombre que las mime y las proteja.
- ✖ Son inconstantes, pero quieren parejas fieles.
- ✖ Viven acá y ahora, pero necesitan un hombre que tenga futuro.
- ✖ Quieren hijos, pero después de haber disfrutado su juventud... que se estira casi hasta los cuarenta.
- ✖ Se quejan de que ellos no dialogan (la eterna queja femenina!) pero ellas no se quedan atrás: son puro chat, mensaje de texto o wasap, y el cara a cara ya casi no existe.

Entonces, un buen día la señorita se despierta y ¡oh sorpresa!, el novio no le va, le quita el aire, la atosiga. De estar atento a sus necesidades pasó a ser un pesado que no la deja en paz, que la cela todo el tiempo. De ser un espíritu sensible y un alma desinteresada, pasó a ser un boludo sin un objetivo en la vida. De ser un loco lindo, pasó a ser un inconsciente; el que antes era un artista, ahora es un delirante, y el tipo trabajador se convirtió en un adicto al trabajo que ni las mira.

A nosotras, sus madres, nos pasó exactamente lo mismo... pero nos quedamos igual, porque no nos parecían causas lo bastante graves como para terminar una pareja. Pero a ellas sí, y lo hacen. Y hacen bien.

Las chicas de hoy descubren desde temprano lo que a nosotras nos llevó toda la vida entender: que no cualquier compañía destierra la soledad,

y que a veces no hay mejor compañía que uno mismo. Cuando se enamoran son buenas compañeras y están dispuestas a ponerle el hombro a su pareja, a mantener la casa hasta que él se reciba o consiga un buen trabajo, a insuflarle entusiasmo y levantarle la autoestima. Pero cuando el rol de madre sacrificada amenaza convertirse en vitalicio, arman la valija, se despiden más o menos cordialmente y parten en busca de nuevos horizontes con el caniche toy bajo un brazo y el gato en la mochila.

Sea que se sientan eufóricas, aliviadas o deprimidas, sus estados de ánimo duran lo que un suspiro: ni bien se produce la separación, un verdadero ejército de amigas se pone en marcha para distraerlas, felicitarlas y ayudarlas a olvidar. Se inicia así una vertiginosa gira diurna y nocturna que incluye salir todas juntas de shopping, ir a tomar algo, planificar un viaje, anotarse en el gimnasio, darse una vueltita por la peluquería y recorrer discotecas, pubs, recitales y cuanto lugar pueda servir para escuchar música, divertirse y/o conocer hombres. Lo más probable es que haya excesos, porque cerveza va, tequila viene, todas ahogarán sus penas a coro con la R.S., y si ninguna se desmaya en el camino terminarán cantando boleros al amanecer sentadas en una plaza y llorando a moco tendido.

Pasada la etapa de ahogar las penas, viene la de tomar conciencia de que hay cuentas pendientes. Si tiene más de treinta, tal vez comience a fantasear con la idea de tener hijos... justo ahora, que ya no tiene con quién. O pensará en retomar los estudios truncos. O se sentirá gorda y querrá hacerse una lipoescultura láser, o se verá chata y querrá ponerse busto.

Otra vez las amigas la apoyarán en todo lo que decida, y la ayudarán a buscar presupuestos acordes a sus ingresos. Entre tantas idas y venidas, el dolor por la separación quedará totalmente superado y para cuando llegue el próximo candidato, las encontrará espléndidas, más independientes que antes y con muy pocas ganas de renunciar a su libertad.

¡Y todo volverá a empezar!

Hay muchos casos más:

- ✗ Las casadas jovencitas y de apuro. Lo que empieza mal, casi siempre termina mal.
- ✗ Las que tratan de redimir bebedores, jugadores o mujeriegos empedernidos y terminan bebiendo, jugando o matando a alguien.
- ✗ Las que se enganchan con un hombre treinta años más joven o más viejo, y al poco tiempo caen en el abismo generacional.
- ✗ Las que creyeron que "contigo pan y cebolla", sin saber que el pan hincha y la cebolla produce flatulencia.

Y tantas otras pobres inocentes, condenadas sin remedio al más absoluto fracaso. Lo cual significa que ahora son R.S y tienen que asumirlo.

Y el primer paso para asumir algo, en este caso una separación es... tiemble, grite, suplique o patalee...

¡ LA AU-TO-CRÍ-TI-CA !

